ASTERISCOS

CONGRESO UNION LATINA EN RIO

* * * Hubo Congreso en Río de Janeiro, del 14 al 19 de octubre: el Primer Congreso de la Unión Latina. Una iniciativa del entonces embajador jefe de la Delegación brasileña en París y hoy ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos del Brasil, S. E. João Neves de Fontoura, fué apresuradamente recogida por el Estado francés, que creó una Unión Latina parisina, con sede en la Maison Amérique Latine (96, avenue d'Iéna), y le suministró personal y otros medios, poniendo a su frente al señor Pierre Cabannes, entonces encargado de misión en la Residencia del Consejo de Ministros. Desde entonces se fundaron varios Comités Nacionales en varios países, en general con escasa vigencia real (alguna persona, como la que escribe estas líneas, se enteró con gran sorpresa de que formaba parte de uno de ellos, gracias a un lujoso folleto editado por la Imprimerie Nationale de Francia). Esta asociación de Derecho privado francés, más o menos apoyada en los flamantes Comités nacionales, intentó en diversas ocasiones la celebración de un Congreso que les sirviera de más efectivo espaldarazo internacional, mientras los servicios de París no perdían su tiempo en utilizar (hasta donde podían) la Unión Latina como una base de penetración cultural, y aun económica (véase sobre esto *France Ilustration*, de 21 de mayo de 1949, donde se alude, entre otras cosas, a una campaña en favor del libro francés, que incluye «un vasto programa financiero» y hasta de un proyecto de convertir a Cherburgo en «puerto de tránsito para la descarga de materias primas sudamericanas que serían trabajadas por las industrias locales y reexportadas»).

Por fin, la Cancillería brasileña dió vía libre: Itamaraty estaba dispuesto a imitar a los Gobiernos de países latinos a través de las Embajadas del Brasil. Después de varios aplazamientos, los delegados de 32 países pudieron llegar a verse, primero en Quitandinha, el maravilloso hotel de Petrópolis, y después en el propio Ministerio carioca de Relaciones Exteriores. Se hicieron representar Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica,

Cuba, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, Francia, Guatemala, Haití, Honduras, Italia, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, Rumania, Uruguay y Venezuela, asistiendo, además de los delegados propiamente dichos, observadores de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Países Bajos, Santa Sede, O. N. U. y Unesco. Una propuesta de la delegación española (integrada por el Excelentísimo señor don Juan Pablo de Lojendio, director general de Relaciones Culturales; Excelentísimo señor don Juan de Contreras, marqués de Lozoya; Ilustrísimo señor don Manuel Fraga Iribarne, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica; señor don Manuel Augusto García Viñolas, agregado cultural a la Embajada de España en Río de Janeiro), presentada en la sesión preparatoria, que fué aceptada, determinó la inclusión de Filipinas entre los pueblos latinos.

El Congreso debía tener el siguiente temario: 1) Afirmación de la solidaridad espiritual de las naciones latinas frente a los peligros que amenazan a la civilización occidental; 2) Necesidad de una política social que levante el nivel de vida de los pueblos en los países latinos, evitando que se tornen presa de las ideologías que apuntan a destruir lo que hay de más auténtico y más típico en la concepción latina del Estado; 3) Estudio de la conveniencia y de los medios prácticos de integrar el movimiento de la Unión Latina en las actividades de las Naciones Unidas; 4) Creación de una Escuela de Altos Estudios Latinos; 5) Estatutos de la Unión Latina.

No obstante lo amplio y grave del temario, el interés se polarizó en dos temas muy concretos: 1.º Si se había de definir la cultura latina como esencialmente le viniera bien a alguien (y así para unos lo típico de la latinidad era la democracia, y para otros su carácter laico; se llegó a decir que tanta importancia tenía la cultura *sarracena* como la cristiana en orden de latinidad), o, por el contrario, si se debía recurrir a criterios objetivos. 2.º Se debía considerar al Congreso como un mero altavoz de la organización francesa presidente y, naturalmente, a la latinidad como un producto *made in France*. El jefe de la delegación gala llegó a afirmar que, al fin y al cabo, Roma no era más que la capital de Italia (!).

El Congreso se decidió claramente en los dos puntos: declaró cristiana a la cultura latina y estableció en Roma la Escuela de Altos Estudios Latinos (sin perjuicio de proponer además una Escuela de Estudios Hispanoamericanos en Sevilla, otra de Estudios Geográficos en Lisboa y también un Instituto de Derecho Comparado en París). Consideró, en particular, que la antigua Unión Latina de París era una asociación francesa de carácter privado, y sentó unas bases elásticas para la celebración de un segundo Congreso en Madrid, de las que podrá salir en su día el Congreso definitivo.

No recayó resolución sobre este otro hecho, evidente, *pese* a cualquier congresista que no fuera sordo: el Congreso fué y será siempre una reunión iberoamericana, al que no se podrá ir sin conocer muy bien el español o el portugués. La trascendencia de esta comprobación es obvia: no se olvidan fácilmente los gritos constantes de «Traduction!» o de «Che è quello che si vota?» Pues, al fin, en el tronco ibero «se exprimió la ubre la loba romana».

M. F. I.

CURIOSA GEOGRAFIA DE LOS PREMIOS NOBEL 1951

* * * Es curiosa la distribución geográfica de los diversos premios Nóbel en los últimos años. En general, es el de Literatura el que más se mueve, y va cayendo, demasiado juiciosamente quizá, en distintas naciones europeas y americanas. Pues todavía no se ha dado el caso que un premio Nóbel de la Paz, sea de Literatura o de otras disciplinas del espíritu, haya ido a parar a manos africanas u oceánicas. Por el contrario, el reparto «geopolítico» de los premios de Física y de Química es por demás elocuente. Sin ir más lejos, en este último de 1951 el premio de Física se fué con Sir John Douglas Cockcroft, un inglés sapientísimo de Harwell, acompañando al propio tiempo al profesor irlandés, no menos sabihondo en esto de la física, Ernest Thomas Sinton Walton, del Trinity College de Dublín. Y ¿sabéis por qué son estos señores hoy premios Nóbel 1951? Pues por ser los primeros (¡oh, la importancia de ser primero!) en haber ocasionado transformaciones nucleares en el átomo, por medio de partículas aceleradas artificialmente. Esto quiere decir, aparte del secreto físico-nuclear que encierre, que el premio Nóbel se ha ido de nuevo tras el núcleo atómico, base de experimentación de los más grandes físicos del mundo actual. ¿Aplicaciones pacíficas de estos descubrimientos? Eso, que nos lo digan los suecos.

Pasemos al Nóbel de Química, también compartido por dos sabiazos: don Glenn Theodore Seaborg y don Edwin Mattison MacMillan, catedráticos ambos en la gran Universidad de Berkeley, en California (Estados Unidos). Estos dos norteamericanos han trocado el galardón europeo por sus descubrimientos en el campo de la composición química de elementos trasuranios. Y todos, más o menos acertadamente, sabemos algo del uranio y de su química «aplicada».

Vemos, pues, cómo estos dos premios, Física y Química, van a dar en países donde las investigaciones atómicas siguen por un camino muy adelantado. Ahora sólo falta preguntarnos: ¿Cuál es el principal móvil de las actuales investigaciones atómicas? La respuesta se la dejamos al lector prudente.

Y mientras no se ponga de moda la guerra bacteriana, quizá por su escasa o nula practicabilidad, el premio Nóbel de Medicina se dará a uno de esos silenciosos, sacrificados y batialbinos benefactores de la humanidad doliente, como este yanqui de la Fundación Rockefeller, de Nueva (N Y.), don Max Theiler, que ha aportado nuevos métodos para combatir con la máxima eficacia la fiebre amarilla.

Claro que este premio no tiene la resonancia «política» de los citados anteriormente. Y casi estamos por decir lo mismo del de Literatura, concedido a un sueco, a don Pär Lagerkvist, novelista, autor afortunado de *Barrabás*, novela que relata las aventuras del jefe de bandoleros que conservó su vida a cambio de la de Cristo, para terminar siendo mártir cristiano en Roma. Este Pär es un tipo extraño, que vive una existencia recluída y familiar, que no aguanta a un periodista a menos de veinte metros de distancia y que abomina de la televisión. Hablaremos de él detalladamente.

Es curioso que el Nóbel de Literatura haya caído en Suecia—como la lotería—después de veinte años de olvido y mala suerte. Y es que el sistema de rotación tiene sus inconvenientes. Mientras en España y en Hispanoamérica se pensaba que el Nóbel literario de 1951 se otorgaría a don Ramón Menéndez

Pidal, a don José Ortega y Gasset o a don Pío Baroja, ha sido el sueco Lagerkvist quien se ha llevado finalmente el gato al agua. Los otros tres suecos premiados en años anteriores son: Selma Lagerlöf (1909), Verner von Heidenstam (1916) y Erik Axel Karlfeldt, a quien se le otorgó póstumamente el premio Nóbel de Literatura 1931.

E. C.

MENENDEZ PIDAL Y LA MOCEDAD

* * * No hace mucho, la Prensa madrileña publicaba una nota de la cual recojo las siguientes frases: «...el Rectorado y la Junta de gobierno de la Universidad de Madrid han dispuesto la celebración de una serie de conferencias, a cargo de los maestros a quienes las nuevas generaciones no han tenido ocasión de escuchar. La senectud sabia y la animosa mocedad entablarán así, bajo el techo de las aulas universitarias, un renovado coloquio intelectual y afectivo».

Era en verdad posible hablar de senectud sabia, porque quien inauguró esta serie de conferencias ha rebasado los ochenta años. Pero cuando Ramón Menéndez Pidal se sube al púlpito del gran paraninfo apenas parece haber alcanzado los sesenta. Pocos ejemplos, en el curso de la historia de las Letras y las Ciencias, de una vitalidad física e intelectual tan robusta. Un rostro de trazos finos, que ignora las injurias de la edad; una silueta erguida, impresionante por la firmeza de la actitud; una barba antes acero que plata; unos ojos vivos y penetrantes, que parecen hacer inútiles los dorados lentes; una voz segura, desdeñosa del micrófono... Cincuenta y seis años empleados en penetrar el misterio de los manuscritos; en construir hipótesis siempre ulteriormente comprobadas; en refutar con serenidad y rigor las objeciones más diversas; en afirmar, de cien modos distintos, el carácter tradicional de la historia de España...

Dámaso Alonso, heredero del maestro en la cátedra, presenta al conferenciante. Su frase sabe mostrar cómo el ilustre sabio ha fundado sus descubrimientos sobre el estudio escrupuloso de los viejos textos. Menéndez Pidal, dueño desde joven de la mejor técnica lingüística europea, la emplea sin descanso para iluminar el bosque, hasta entonces poco más que virgen, de la Edad Media española. El Cid, uno de los grandes arquetipos de nuestra historia, debe su segunda y definitiva existencia al esfuerzo del gran filólogo; la «europeización» del entonces joven maestro ha tenido como resultado final una comprensión mejor y más profunda de las cosas de España. Por eso, la generación actual ha visto en él, como en Miguel de Unamuno, uno de sus guías espirituales.

Menéndez Pidal escoge como tema de su lección «Los Reyes Católicos». Le sirven de punto de partida los juicios de Maquiavelo sobre Fernando de Aragón y de Castiglione sobre Isabel de Castilla, mas no para detenerse en ellos. Corrige, en efecto, las imputaciones de Maquiavelo, que sólo veía en Fernando un príncipe astuto favorecido por la fortuna; y demuestra que la

política de éste no buscaba la aventura ni la gloria personal, sino un porvenir de la cristiandad que fuese continuación tradicional y renovadora del pasado inmediato. La tesis de Menéndez Pidal acerca del Imperio de Carlos V y su permanente doctrina de la tradicionalidad de España encuentran un argumento más en esta nueva interpretación del discutido monarca aragonés.

J. M.

LA COLECCION AUSTRAL HA CUMPLIDO SU NUMERO 1.000

* * * Su número 1.000, avalado por la firma de don Ramón Menéndez Pidal. El Cid vuelve, de mano de su más puntual revividor, a galopar en purísimo castellano por las mesetas de las dos Castillas y por las Españas de América.

Para una Editorial siempre el número 1.000 es importante por el pasado que arrastra en él y por la continuidad de futuro que implica. Pero en el caso que nos ocupa, el interés de este milenario de la intelectualidad rebota cordialmente en los lectores.

Con sus alegres colorines, la Austral va consiguiendo algo muy de agradecer. Poner la buena literatura, las más excelentes y universales producciones del espíritu, al alcance de todas las fortunas. Por algo menos que lo que cuesta una entrada de un cine de estrenos, o una merienda en una de esas cafeterías que florecen a ambos lados del Atlántico, la Austral nos da un buen libro. Hasta el lector más lego puede confiarse en ella, porque sabe que no tropezará con piratería de malos escritores—en ningún sentido, ni siquiera en el moral o político.

Un equilibrio de acertado criterio preside la selección de todos los volúmenes de la Austral. En ella no se han publicado libros malos. Ni una sola página que realmente no mereciera la pena. El matiz sutil, la onda de buen gusto que discrimina la producción del *snob* o la gruesa literatura que puede tener éxito mundial, para apartar los de los valores permanentes y reales del mundo del espíritu, ha formado la colección más popular—la de los estudiantes y los lectores pobres, también la de los intelectuales de habla española—. Poco precio y muchos quilates.

No sólo de pan vive el hombre... El ser humano, adscrito a unos milenios de cultura, necesita también de la palabra poética, creadora, histórica, filosófica. Y en estos momentos en que en varios continentes el pan está caro, los lujos del espíritu suelen estarlo también. El problema del papel que inunda el mundo donde existen imprentas—cualquiera que sea su cultura—está haciendo más difícil el lujo del espíritu, más inasequible a una gran masa que es minoría mi libro...», todos le oímos con un poco de envidia profesional. Porque estar por sus gustos y la mayoría en su debilidad económica.

Los alegres colores de la Colección Austral han venido a impedir que nazca esa tristeza profunda del lector que no puede comprar libros. Antes de la guerra fué la Colección Universal, con sus cubiertas amarillas y sus traducciones —sin saber por qué se viene a la memoria el *Werther*, que vertió al castellano el buen estilista Mor de Fuentes.

Después de la guerra, a caballo de dos continentes, pasando el Océano en alas del pensamiento escrito, el vacío que dejó la Colección Universal lo llena esta escuadrilla de cultura, de velas claras y definidas. Escuadrilla liberal. Que no grava mucho los bolsillos con los impuestos que necesita y que, no obstante su ligereza, adensa ese rincón de la intelectualidad donde descansa lo mejor de la vida personal de cada uno.

La amplia generosidad con que ha sido concebida la Austral, ha tenido su pago. Las enormes tiradas compensan ampliamente la ganancia que podría haber dejado la edición costosa que no admite más de 3.000 compradores. Y a todo este triunfo de Calpe—se siente cómo calpe es nombre de blasón hercúleo—de difusión y publicidad se acumula un marchamo de solera. Cuando un colega nos dice: «Vengo de ver a José María Cossío. La Austral me compra mi libro...», todos le oímos con un poco de envidia profesional. Porque estar en la Austral le da a uno empaque de clásico. El carácter más acusado del clasicismo es su universalidad e intemporalidad.

Hoy, cuando la eficiente Colección cumple y rebasa su volumen número 1.000, los lectores del mundo de habla española hacemos votos por que cumpla más millares. Y nosotros, los que escribimos, que veamos hasta el número 100.000. Por lo menos...

E. S.

LAS SORPRESAS DEL GONCOURT. (Segunda parte.)

* * * Con el Goncourt todo es posible. Incluso que resulte premiado un escritor «puro». Decíamos ayer (ayer hizo un año) que los premios literarios están sujetos al mismo ritmo de azares e imponderables que la ruleta o el «treinta y cuarenta». Puede la bolita favorecer a una dama de equívoca conducta como a un honesto padre de familia numerosa. Así, ahora, el premio Goncourt 1951 le fué atribuído a quien mejor lo merecía: a Julián Gracq, por la novela titulada *Le rivage des Syrtes.*

¿No es esto una sorpresa? Para mí lo es, pues si la virtud, según dicen, resulta siempre recompensada, en los certámenes literarios los mejores se ven a menudo preteridos. (Claro, se dirá, que en letras y artes no es posible identificar a los mejores con los más virtuosos.) Esta vez, además, se da la circunstancia insólita de haber sido premiado un escritor resueltamente adverso a los premios literarios, contra los cuales escribió el pasado año una feroz requisitoria. Gracq advirtió de antemano que renunciaría al premio si se lo concedían, y así lo ha hecho, negándose a participar en los tumultos, exhibiciones y festivales posteriores al lauro. El Jurado, informado de la actitud del novelista, consideró que nadie, ni siquiera el autor de la obra, podía impedirle declarar que *Le rivage des Syrtes* era la mejor novela del año, y lo declaró por mayoría de votos. (¡Bravo por los académicos de *chez* Drouant!)

La novela de Gracq es una deliciosa narración escrita con lenguaje admirable, suntuoso y preciso. Está impregnada de finísimas auras imaginativas, y, si por su tono y su cadencia parece una narración prerromántica, en su nitidez revela lo que se llama un espíritu de estirpe clásica. Espléndido tes-

timonio de cómo las supuestas oposiciones no son sino facetas de un alma cuyo signo, como la de todos los grandes, es la diversidad.

Le rivage des Syrtes, principal escenario de la novela, es el punto en donde vive sus sueños el joven Aldo, destinado en un destacamento naval de la señoría de Orsenna, país que desde siglos antes se encuentra en estado de guerra con la nación situada al otro lado del mar: el Farghestan. La tierra enemiga, misteriosa y cercana, atrae la curiosidad de Aldo; en su corazón, curiosidad y amor se mezclan apasionadamente. Y la guerra, dormida hasta entonces, renace de la curiosidad, del miedo, de la ambición...

Relato magistralmente orquestado, de técnica perfecta, que en las descripciones recuerda alguna vez al Valle-Inclán de las *Sonatas*. Y también novela de sugerencias, cuajada de puntos secretos y significantes, que abren caminos a la reflexión y al ensueño. La mezcla de realidad y poesía, de invención y observación, da a la obra de Gracq un carácter peculiar que la separa y distingue de las construídas con arreglo a los patrones del día. El autor ha pasado por el surrealismo, y de él y de los grandes románticos alemanes aprendió el arte de transportar la realidad a climas de alta tensión lírica.

Y es curioso, sí, en verdad sorprendente, que *los Goncourt* hayan elegido tal escritor y tal libro. No se trata de literatura comprometida, ni tremendista, ni siquiera delicadamente pornográfica. No tiene las cualidades que suelen atraer al gran público: es límpido, profundo y secreto. Ni facilidades ni halagos. Tan sólo una vigorosa corriente de poesía y una intensa vibración de humanidad y de sentimiento. Julien Gracq es, simplemente, un gran escritor.

RICARDO GULLÓN

EL PUBLICO Y EL BUEN CINE

* * * La ya muy grande relatividad valorativa del hombre moderno frente al bien y al mal, ante lo bueno y lo malo, se agiganta peligrosamente a la hora del enjuiciamiento de películas. No se trata sólo de diferenciaciones sutiles de edad, formación cultural y profesional, momento histórico, clima político, etc. Incluso también la «educación» nacional o cívica opera sensiblemente a la hora del fallo. Un pueblo inteligente, tan conocedor de hallarse en posesión de un séptimo arte de primerísimo rango, el italiano, a la hora de la valoración de las últimas creaciones cinematográficas muestra su desorientada preferencia por películas, actores y actrices cuya casi unánime elección no responde a las virtudes «medias» (no especialistas) del elegido. Los films de aventuras, reales como las de gángster y de la colonización; imaginativas como las africanas, hindúes y oceánicas con sus tarzanes y naturalismo a todo pasto, se colocan a la cabeza entre los preferidos. Los siguen muy de cerca la comedieta musical tipo Hayworth, con su entreverado sensual, tópico y estupidizante; el drama histórico y los argumentos «de época». Naturalmente, los artistas preferidos del gran público (ese público cada vez menos sensible al llamado buen cine, aunque haya quien crea en la «pedagogía» por concen-

tración en el tiempo) son, en general, los menos artistas. Errol Flynn—pésimo siempre—se coloca mil codos por encima de Laurence Olivier en la estimación pública; Rita Hayworth le saca otro tanto a ¡Greer Garson! y a Alida Valli. Y menos mal si se acuerdan de estas últimas a la hora de votar.

Tomamos estas referencias estadísticas de la muy reciente encuesta organizada por la revista italiana *Cinema*. Fueron interrogados separadamente y sin fines marginales 1.214 italianos según este triple cuestionario: «¿Qué película, qué actor y qué actriz prefiere usted?» Damos los resultados estadísticos, los cuales dirán al lector, mejor que nada, la naturaleza del problema y la profundidad del mal. A los pedagogos *durch* la cultura, a los del «instruir deleitando», tan hermoso como quimérico, brindamos esta triple estadística, hecha en un país hoy a la vanguardia del buen cine:

Mañana será demasiado tarde	163
Los tres mosqueteros	78
¡Vuelve a casa, Lessie!	73
Film con Totó	72
Il cucciolo	70
La amante indiana	49
La historia del Dr. Wassell	30
Juana de Arco	27
Aguilas del mar	27
La matadora	25
Por quién doblan las campanas	22
Cenerentola	20
La sepultada viva	20
El bergante Mussolino	20

Gary Cooper	353
Tyrone Power	227
Gregory Peck	160
Errol Flynn	132
Totò	82
Alan Ladd	78
Robert Taylor	34
Spencer Tracy	32
Clark Gable	31
Laurel-Hardy	23
Van Johnson	20
Laurence Olivier	20
Ingrid Bergman	215
Rita Hayworth	107
Lana Turner	102
Esther Williams	84
Maria Montez	78
Elizabeth Taylor	73
Linda Darnell	45
Silvana Mangano	40
Greer Garson	34
Olivia de Havilland	30
Alida Valli	29
A. M. Pierangeli	24
Betty Grable	23
Silvana Pampanini	22
Jeanne Crain	20

C. R.

* * * Jorge Guillén es poeta—sí, de esa generación de los mayores, ya lo saben—, lleva gafas, usa boina, un corazón donde nos va acogiendo suavemente. Es profesor de literatura mundo arriba, profesor de bondad; tiene dos hijos, cincuenta y ocho años, cuatro *Cánticos*. Tiene una conversación larga y profunda donde cabemos bien, donde nos sentimos inmejorablemente a gusto, donde pasa el tiempo a una increíble velocidad, donde parece que tres horas con él, y un poco de café, no han sido nada. Y han sido todo, al menos casi todo, porque nos ha hablado de muchas cosas, como si supiera de memoria nuestras preguntas, anticipadamente, y a todas atendiese poco a poco.

Hablamos del viaje, de su regreso, es decir, de su nueva partida, porque sólo se regresa a un lugar, y ese lugar es para Jorge Guillén España, de la que tan encendidamente habla. Hablamos del viaje. No es viajero, dice. No ha sido fácil conseguir estas horas de conversación reposada entre un viaje a Zaragoza y otro a Valladolid, y ya entre manos el proyecto del otro, el largo, tal vez a Alemania o al Perú, aún no se sabe. Habla de Méjico—¿no es viajero, dice?—, de lo grato de su estancia en Méjico, de los poetas de allá, de Altolaguirre, de Prados, León Felipe, de los de más allá, de Lorca. Nosotros nos hemos acostumbrado a recordar la figura de Lorca, como si realmente pudiéramos recordarla, aunque Guillén nos habla ahora del tiempo en que empezábamos a nacer todavía.

Sobre el diálogo bien crecido, Jorge Guillén se interesa por los poetas de aquí, por los jóvenes. Ha llegado hace un momento Bousoño, y todos los procedimientos poéticos con él, en ese libro que prepara, ferviente y minucioso a la vez como él mismo, en quien se unen felizmente una gran pasión por la poesía y una poderosa capacidad para verla analíticamente. Jorge Guillén examina el libro, oye a Carlos con afecto, se sorprende. También él —Guillén—aparece allí analizado, penetrado, sorprendido su artificio, su modo de obrar el verso. El poeta habla, con una especie de beatífica envidia, de una posible vena crítica que nunca ha explotado y que tal vez late en él, y que tal vez recogerá su hijo, ahora lector de castellano en Bonn, cuyo recuerdo se repite en la conversación varias veces, porque Jorge Guillén es entrañablemente padre. Recordamos *Cántico*, las palabras escritas en «Más Vida»:

Hijo, resplandor
De mi júbilo
Como el verso posible
Que busco.

Digo que recordamos *Cántico*. *Cántico* está cumplido. Guillén ha clausurado definitivamente *Cántico*, aunque no caiga bien, aunque estuviéramos hechos a la idea del poeta de un solo libro, aunque los guillenistas protesten. Guillén no es guillenista, dice Jorge Guillén alegremente.

¿Y la obra nueva, la que vendrá, la de después de *Cántico?* El libro prometido es *Clamor*, y el poeta nos habla ahora de poemas en estado naciente; de un poema sobre el tema «Luzbel», donde se animará la idea de cómo todo ha de permanecer sometido a lo superior, para que exista el mundo, lo ordenado, el «cosmos». Palpamos esa fuerte raíz ética, a la que Jorge Guillén se ha referido en otra ocasión y en la que su mundo poético se apoya. Pero no

poesía religiosa, eso no, al menos por ahora. A no ser que sea el propio lector el que convierta a lo divino su obra.

Al final han aparecido, como por ensalmo, un par de *Cánticos*. Jorge Guillén es maestro en dedicatorias. Es un aspecto de su esmerado arte de ser cordial, amable. Al borde de un ejemplar de *Cántico* ha escrito unas palabras, y al final, amigablemente: «Esperando su poesía.» Muchas gracias, maestro, pero usted perdone: soy yo, somos nosotros, los que esperamos, ahora con nueva fe, la suya.

JOSÉ ANGEL VALENTE

LOS SIETE CIRCULOS DE THOMAS MERTON

* * * Unas memorias—una autobiografía—presentan siempre patetismo atractivo y dramático. Pero cuando se trata de una vida que ha experimentado en su mitad la coyuntura de la conversión, el dramatismo adquiere hondura más alta.

Siempre al escribir la propia vida se hace desde distinto nivel del que había al producirse los hechos narrados. Es la autobiografía recuento desde la cumbre y contemplación retrospectiva de los vericuetos del valle, y esto supone visión panorámica. Pero cuando media entre la falda del monte y la altura conseguida el paso del puerto de lo sobrenatural, la perspectiva se ensancha hacia lo infinito. Este es el caso de *La montaña de los siete círculos*. Y aquí está también el peligro; el riesgo de ganar altura insospechada perdiendo detalle del zig-zag recorrido anteriormente.

Este riesgo es el que explica la frecuencia de que, tras la conversión, queden un tanto descoloridas las vueltas que llevaron a la cumbre. Thomas Merton no ha sucumbido a tal azar, sino que desde su retiro trapense vuelve sus ojos, entornados hoy cotidianamente en oración, a toda una vida anterior. Rastrea todos los detalles, hasta los más íntimos, para relatarlos a la luz de su actual plenitud.

Merton, hijo de artista, estudiante cosmopolita, típico ejemplar del mundo fácil y optimista de principios de siglo, escritor con éxito, se convierte al catolicismo y, tras una tentativa de ingreso en la orden franciscana, remata una vida inquieta sin alas sobrenaturales en una trapa de América del Norte.

Lo que nos interesa subrayar aquí es el valor paradigmático de esta vida. Merton ha tenido la sinceridad y la gracia (las dos, la que se escribe con mayúscula y la otra) de contárnosla, y por ello es voz adelantada que publica un hecho típico de estos cincuenta años del siglo XX. La vuelta a Dios de artistas, escultores, intelectuales.

De ahí el éxito extraordinario que los escasos ejemplares de este libro llegados a España han tenido.

Como espina dolorosa llevan muchas almas, prendida en su hondura, la idea errónea de la desvaloración de la vida anterior a la conversión. La recapitulación de todas las cosas en Cristo es una necesidad acuciante para el con-

verso, y el estilo de Merton, todo su libro, no es más que esto: una demostración de que a Dios se llega con todo lo que El dió, y que en el umbral de la conversión hay que dejar tan sólo el pecado. Esta concepción total y generosa, este aprovecharlo todo para entenderlo desde Dios, lo ha señalado muy bien el poeta y crítico español José M.ª Valverde en unos comentarios lúcidos y apasionados a Merton.

La montaña de los siete círculos es la historia de la vuelta a Dios desde el arte y el libro; es un capítulo del drama en el que están embarcadas muchas almas, que al recibir estos mensajes crecen en la certeza de que no están solas en su empeño.

C. C.